Alfredo Iriarte. Diálogo sobre la fascinante tarea autodidacta de uno de los realizadores de máscaras más importantes de nuestro país y el mundo.

El hombre detrás de todos los rostros

MARTIN BONETTO

¿Dónde está Iriarte? El realizador camuflado entre las máscaras de distintos materiales y expresiones que crea en su taller de La Boca.

BÁSICO

ALFREDO IRIARTE
URUGUAY, 1964

Tiene una vasta formación en actuación, clown y títeres. Paralelamente, también se formó como escenógrafo y realizador de máscaras. Integró la compañía Kumis Teatro como actor y escultor de máscaras. Es parte del elenco del grupo de teatro comunitario Catalinas Sur, en donde se ha desempeñado como actor, realizador y director. Además, es profesor, entrenador, realizador y escenógrafo de diversas compañías de distintas partes del mundo.

SUSANA VILLALBA

En el mundo, Alfredo Iriarte es ya una marca argentina en realización de máscaras. Fue una cuestión de destino y elección, comprendió al encontrar las caritas que tallaba en madera a los nueve años. También se convirtió en actor que, como sus máscaras, siguió a su propio modo la tradición de los comediantes: formarse sobre la marcha en lo que exigiera un proyecto. Así es hoy director, payaso, cantante, titiritero y hasta hace malabares y funambulismo.

En su Uruguay natal estudió carpintería en la Universidad del Trabajo, donde dio con el madrileño Javier Nieva (además de un importante escultor y ebanista, fue uno de los últimos imagineros). Sin dejar de perfeccionarse con él, con sólo 16 años se hizo cargo de la imaginería en la parroquia de su barrio. Hasta que en un Festival conoció a Jacques Lecoq. "Ahí me picó el bichito y vine a Buenos Aires a estudiar en la Escuela de Escobar y Lerchundi", cuenta en su taller rodeado de caras de madera en el barrio de La Boca.

Allí, entre otras disciplinas como Commedia dell´arte y Pantomima, sintió fascinación por las máscaras de Bali. Gracias a su técnica de talla para retablos, comenzó a hacerlas él mismo, al igual que más tarde volcó en los títeres la experiencia de articular extremidades en figuras del pesebre. Básicamente su especialidad es tallar en madera y sobre ese molde colocar el cuero húmedo para que tome la forma de la matriz. Pero experimentó con todos los materiales. Y así fue que encontró la unión entre sus caminos que parecían bifurcados.

"No es lo mismo ser tallador que un actor que hace máscaras. Yo puedo proponer desde la actuación y entender lo que la máscara opera en el que la lleva. Generalmente creés que te oculta pero por eso revelás lo que no aparecería a cara descubierta". Como colega autodidacta que aprendía de sus compañeros de ruta, se fue relacionando con los que hoy son grandes maestros, algunos provenientes de la Escuela de Lecoq, como Thomas Prattki.

A esta altura, resulta imposible contar las muchas escuelas y compañías que han comprado sus máscaras, en los cinco continentes. Y los lugares donde dio o está por dar charlas y cursos. Además es docente de la Tecnicatura en Máscara de la UNSAM, carrera que desarrolló CABUIA, la escuela internacional de creación que él integra. En la EMAD enseña realización de máscaras y títeres en el curso de Teatro en espacios no convencionales. Recientemente se pudo ver en el cine Gaumont *Persona*, un documental sobre su tarea y este 7 de diciembre se estrena en la misma sala *Galpón de máscaras*, un documental sobre la colección de máscaras de Luisa Valenzuela que Iriarte restauró. Y pronto se verán sus creaciones para una versión de *Ricardo III* de Marcelo Savignone.

–¿La máscara está en relación con el arquetipo?

–El arquetipo es un básico para bucear en lo humano. Y hay técnicas específicas para entrenar. Pero es como en esos rituales sagrados en que nació la máscara: si no la encarnás y no le ponés espíritu... A mí me funciona mejor cierta actualización, por ejemplo cómo o quién sería hoy Pantalón. Hice un Pierrot de Boca y una Colombina de River, por ejemplo. Me gusta no perder la tradición y aggiornarla al mismo tiempo. Muchas cosas cambiaron pero también reaccionamos siempre a las mismas emociones. Con Agarrate Catalina, la murga uruguaya con la que trabajo casi desde su comienzo, hicimos un espectáculo donde aparecían unos sabihondos discriminadores y por eso les hice la máscara de Il Dottore de Commedia dell´arte. Ahora estoy invitado por la Escuela Nacional de Teatro de Atenas a recrear la máscara de Tragedia para un espectáculo de danza. Estoy experimentando con piel y pelos, y me pregunto si funcionaría igual con otro diseño. Y este año una Beca del Fondo Nacional me permitió tener tiempo para dedicarme a mi propia creación, que resultó en unas máscaras muy modernas que realmente funcionan.

–También hace máscaras para obras contemporáneas.

–Encontrar las imágenes de lo que en el director es una idea es otro desafío. También investigué y desarrollé mucho las máscaras para provocaciones de estudio. Algo muy fuerte para un actor es que de entrada la máscara le apaga el ego. Y más la Neutra, ya que lo pone en una disposición de ver todo por primera vez, no reaccionar con formas adquiridas, encontrar medios de expresión porque no puede utilizar una gestualidad o personaje específicos. Incluso es útil para ir probándose en registros. Yo, por ejemplo, soy de los que hacen *Hamlet* y hacen reír, no llorar. En cambio con la máscara Expresiva se le busca matices a algo que ya la máscara direcciona. Y la Larvaria es ciega, eso desarrolla el apoyo en el grupo y la amplificación de otros sentidos. Las provocaciones sirven también en espectáculos profesionales para buscar algo específico. Yo aporto proposiciones desde el actor, no sólo el material. Por ejemplo, un ejercicio en que el cuerpo se despierta de una eternidad, parte de un estado cero y se dispone para un comienzo. Y eso opera también sobre la ansiedad. Perdimos la capacidad de disfrutar de los procesos, queremos resultados, y no sólo en teatro, el teatro es un reflejo de la sociedad.

Multifacético, acaba de realizar máscaras para un megaespectáculo infantil de Topa y viajó este fin de semana a San Martín de los Andes para participar en la experiencia Patagonia Turbulenta. Iriarte colabora desde hace seis años con Turbulences, grupo francés que trabaja con jóvenes autistas; no tiene formación específica en esta área pero, como en todo, se lanzó con su intuición y como él mismo dice, "con el afecto que abre las puertas que parecen más cerradas".

–A través de las máscaras establecí una comunicación inmediata. Es lo que para mí tiene que ser el teatro: comunicación. El vínculo afectivo es lo más transformador que hay. En este encuentro pintamos un mural, hicimos máscaras y presentamos a la comunidad de San Martín los libros de poesía que escriben los "turbulentos". ¿Quién está más loco: el que excluye y se asusta de quien es distinto o estos pibes? Quizá los actores tenemos más sensibilidad porque jugamos siempre en el borde de la normalidad. Previamente, en Buenos Aires hicimos un encuentro con quienes desarrollan una tarea similar y terminó con una fiesta a toda orquesta. Literalmente, porque desplegamos la Orquesta Atípica de Catalinas Sur. Somos como 60, yo ahí canto y hago un personaje que es como un presentador.

–Catalinas Sur es su familia teatral.

–Me interesa la creación grupal y la inserción comunitaria como actitud artística y de vida. Me gustan los espectáculos épicos y populares, que se comunican con el barrio, que cuentan sus historias. También la murga tiene ese espíritu, es lo que viví de chico. En este país hay una red de teatros comunitarios muy importante. Y todos ponemos en dinero más de lo que ganamos pero en afecto recibimos más de lo que damos. El 5 y 6 de diciembre a las 21, estará *La peña del Fulgor*, un espectáculo por el cierre del taller de Orquesta de Catalinas que se da en nuestro espacio, el Galpón de Catalinas. Y el 10, desde las 17, con la Orquesta Atípica estaremos en el Primer Encuentro de Orquestas Comunitarias, un espectáculo gratuito en Plaza Islas Malvinas, con otras Orquestas a las que invitamos.